

PRÓLOGO POR EL DR. BYRON KLAUS, PRESIDENTE DEL SEMINARIO
TEOLÓGICO DE LAS ASAMBLEAS DE DIOS

EL LÍDER QUE OTROS SEGUIRÁN

12 PRÁCTICAS Y PRINCIPIOS PARA EL MINISTERIO

James T. Bradford

EL LÍDER QUE OTROS SEGUIRÁN

12 PRÁCTICAS Y PRINCIPIOS PARA EL MINISTERIO

James T. Bradford

El líder que otros seguirán

Copyright © 2015 por James T. Bradford

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Publicado por Salubris Resources
1445 N. Boonville Ave.
Springfield, Missouri 65802

Título en inglés: *Lead So Others Can Follow*

© 2015 por James T. Bradford

Publicado por Salubris Resources

www.salubrisresources.com

Ninguna parte de este libro será reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida de ninguna manera o por ningún medio—electrónico, mecánico, de fotocopia, grabación, o de cualquier otra manera—sin el permiso previo por escrito del publicador, con la excepción de breves citas a los efectos de reseñas en revistas o diarios.

Diseño de la cubierta por Sheepish

Diseño interior por Tom Shumaker

Traducido al español por Marcela Robaina

A menos que se indique otra cosa, las citas de las Escrituras utilizadas en este libro son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®, Propiedad literaria © 1999 por Bíblica Inc.™. Usado con permiso. Reservados todos los derechos mundialmente.

El texto bíblico marcado «NTV» ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2008, 2009, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publisher, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico identificado «RV-1960» ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

ISBN: 978-1-68067-136-0

18 17 16 15 • 1 2 3 4

Impreso en os Estados Unidos de América

CAPÍTULO 1

Compromisos centrales

«Ten mucho cuidado de cómo vives y de lo que enseñas».

1 TIMOTEO 4:16 (NTV)

De niño, era bajo, tímido y de ningún modo el tipo de personalidad dominante en el patio de recreo. Para cuando tuve edad de ir a la universidad, la idea de ser un líder me resultaba aterradora. Pero ese temor, al igual que muchos otros temores, resultaron ser nada. Después de años de ver cómo las puertas se me abrían y de diversas experiencias estimulantes, el liderazgo al final se convirtió en parte de la persona que soy. Nadie está más sorprendido que yo.

Gracias a Dios, muchas personas maravillosas me acompañaron durante ese proceso. Ejercieron un estímulo que constituyó un poder refinador en mi vida, porque me ayudaron a cambiar la manera en que me percibía. Mientras, el Señor, que es fuerte en nuestras debilidades, me recordaba con paciencia que yo no lo había escogido a Él, sino que Él me había escogido a mí (Juan 15:16).

En el camino, llegué a apreciar la primera carta de Pablo a Timoteo, en el Nuevo Testamento, como un manual para el liderazgo bíblico. En 1 Timoteo 4:16, el apóstol aconsejó específicamente a Timoteo de que tuviera cuidado «de cómo vives y de lo que enseñas». ¿Por qué de *cómo vives* tanto como de lo que se enseña (la doctrina)? Pablo lo explica a continuación: «... por el bien de tu propia salvación y la de quienes te oyen».

EL LÍDER QUE OTROS SEGUIRÁN

El liderazgo público puede ser brutal. Pero serán los compromisos personales y hábitos que adoptemos los factores que nos sostendrán y nos convertirán en la persona que lleguemos a ser. Cuando se trata de influencia, la gente seguirá a *quienes somos más que lo que decimos*. En este contexto, «ten cuidado de cómo vives» no es una cuestión de egoísmo ni de simple supervivencia, sino que es el proceso que nos da credibilidad como líderes. No se trata de tener buena presencia ni una personalidad extrovertida, sino del contenido de nuestra vida: nuestro carácter y nuestras convicciones.

Hace mucho que creo que lo que lleguemos a ser dentro de diez años será en gran medida la suma total de todos los «hoy» que vivamos. El comediante Eddie Cantor una vez comentó: «Lleva veinte años convertirse en un éxito de la noche a la mañana».¹ O, como alguna vez escuché que lo expresaba John Maxwell: «Las cosas que haces todos los días eventualmente se manifestarán». Al fin de cuentas, la vida es un día a día, y ese será nuestro punto de partida.

Hace varios años, mientras reflexionaba en lo que implicaba ese «tener mucho cuidado de cómo vives» de 1 Timoteo 4:16, decidí escribir siete frases, muy breves, que condensaran los compromisos básicos que necesitaba asumir a diario en mi propia vida. Luego le agregué a cada frase una pregunta de diagnóstico para «apretar las clavijas» y obligarme a tener disciplina. (Cada uno es libre de elaborar sus propios compromisos básicos y preguntas de autoevaluación, pero las siguientes son las que yo me propuse).

1. CONOCE A DIOS: *Si no tuviera más actividades en el ministerio, ¿todavía tendría una relación íntima con Jesús y ésta seguiría creciendo?*

Mi amigo Chuck Miller, en su libro *The Spiritual Formation of Leaders* [La formación espiritual de los líderes], describe dos habitaciones que todos los ministros necesitan tener en orden: la habitación del alma y la habitación del liderazgo. Señala que «la iglesia ha tendido a colocar las personalidades tipo A en el liderazgo, y a las personas más reflexivas dentro de la oración y la espiritualidad. Al final, acabamos por obligar innecesariamente a la gente a elegir entre la espiritualidad y el liderazgo»² Es una decisión que no tendríamos que tomar.

COMPROMISOS CENTRALES

¿Realmente quiero que mi ministerio crezca sin que madure también mi relación con Jesús? ¿Qué quiero que se escriba sobre mi lápida algún día: «Pastoreó una gran iglesia» o «Conoció a Dios»? La habitación del alma nos invita a tener intimidad con Cristo, además de realizar actividades *para* Cristo. Esa íntima comunión con el Señor es lo que impide que el ministerio nos reduzca a ser meros artistas. Nuestras iglesias están llenas de personas que, por sobre todo, quieren saber que sus líderes efectivamente caminan con Dios.

Si nos encargamos de cuidar cuán profundo vivimos, Dios se encargará de cuidar la extensión de nuestra influencia.

Los hombres y las mujeres que han sido instrumentos en manos de Dios a lo largo de la historia siempre supieron que si nos encargamos de cuidar cuán profundo vivimos, Dios se encargará de cuidar la extensión de nuestra influencia. Esto implica profundizar antes que abarcar, andar antes que trabajar. Es procurar el quebranto más que la felicidad, y depender más de la unción que de la adrenalina. Es leer y meditar en toda la Palabra de Dios, y no solo en aquellos pasajes sobre los que habremos de predicar. Es buscar la comunión con Dios cuando nadie nos ve y concentrarnos al máximo a fin de andar conscientemente en la continua presencia de Dios durante todo el día.

Esta relación con Dios no se puede delegar a nadie, y ningún éxito en el ministerio será capaz de compensarla. Es el primer mandamiento; es una cuestión del primer amor, en franca oposición a la siniestra tendencia que nos hace amar más el dirigir que amar a Jesús.

2. PROCURA LA INTEGRIDAD: *¿Tengo secretos en mi vida que intencionalmente oculto de las personas más allegadas a mí?*

¿Hay conductas cuestionables en nuestra vida que pudieran inducir pensamientos como: «*Espero que mi esposa nunca me vea haciendo esto*» o «*No quisiera encontrarme con nadie de la iglesia justo ahora*»?

EL LÍDER QUE OTROS SEGUIRÁN

Tales pensamientos deberían encender una alarma dentro de nuestra cabeza y sacudirnos para despertar en nosotros una sinceridad implacable. En matemática, los enteros se diferencian de las fracciones. *Integridad* lleva implícita la cualidad de íntegro, de entero, de no fraccionado. No deberíamos tener ninguna conducta secreta, cubierta bajo un manto de silencio, en contradicción con nuestras funciones en el ministerio o contrapuesta al Dios a quien servimos.

Por desgracia, cuando la cuestión pasa por conductas que comprometen nuestra integridad, la lista es larga: desde los prejuicios, la arrogancia, la manipulación, el engaño, la traición a la confianza depositada en nosotros y las promesas no cumplidas, hasta la pornografía, el adulterio, la bebida, las drogas ilícitas, el juego, los descalabros financieros y los fraudes, para mencionar solo algunas conductas impropias. Agreguémosle la opresión demoníaca, el agotamiento, el aburrimiento o el éxito desenfrenado... y nuestra vulnerabilidad se torna más aguda.

Por desgracia, son muchas las víctimas. La primera víctima es nuestra propia alma. Decir que nuestros secretos nos enferman es mucho más que un cliché. Pero no somos las únicas víctimas. Las personas que amamos y aquellos que nos siguen porque somos sus líderes necesitan desesperadamente poder confiar en nosotros. Cuando esa confianza que depositaron en nosotros se pierde, el liderazgo nunca resulta y alguien siempre saldrá herido. La integridad y la confianza están estrechamente relacionadas.

Sin embargo, en el centro mismo de nuestros lugares secretos y oscuros, Dios plantó la cruz y colgó de ella a su Hijo. Esta es nuestra esperanza: un Dios que viene a nosotros en nuestro peor estado, nos llama a la dolorosa sinceridad de la confesión, nos perdona generosamente y luego crea en nosotros un nuevo ser interior con su Espíritu de resurrección. La integridad es posible gracias a esto.

3. SÉ TÚ MISMO: *¿Vivo bajo la presión autoimpuesta de tener que demostrarle siempre algo a alguien?*

Cuando nos ponemos al servicio de esa implacable presión interna de tener que demostrarle a alguien que somos buenos líderes, o personas espirituales, o predicadores competentes, hacemos de nosotros el centro de atención. Nos esforzamos demasiado, dependemos en exceso

de nosotros mismos y, al final, cometemos imprudencias. Esa presión de tener que demostrar algo hace que guitemos a los demás a partir de nuestras inseguridades, más que con verdadera humildad.

En algún momento necesitamos aprender unos de otros y dejar de intentar ser como otros.

No obstante, la lucha para no idealizar ni idolatrar a nadie, sino descansar y ser la persona que Dios quiere que seamos, es difícil para la mayoría de nosotros. La cultura de «celebridades» imperante aun en la iglesia tampoco ayuda. Pero, en palabras de un amigo mío bastante profético: «Cada uno de nosotros es un original de Dios». En algún momento necesitamos aprender unos de otros y dejar de intentar ser como otros. Me llevó años llegar siquiera cerca de este punto.

Una de las pruebas prácticas que tengo para evaluar me es escuchar cuántas veces la gente me dice: «Pastor, gracias por ser auténtico», o «realmente me ayuda que usted esté dispuesto a ser una persona sincera» o «aprecio su transparencia». Si pasan demasiadas semanas sin que nadie me diga algo al respecto, sé que me estoy rezagando en la lucha entre el profesionalismo centrado en la imagen y el servicio auténtico, centrado en el amor.

Cuando voy ganando esa batalla, me siento menos presionado por «hacer cosas» y más libre para ser simplemente aquel hombre que el Señor me creó para ser, sin tener que probarle nada a nadie.

4. ASUME TU RESPONSABILIDAD: *¿Reconozco mis errores o prefiero echarle la culpa a otros y usar el púlpito para desahogarme?*

Hace muchos años, llegué a la conclusión de que mi peor problema relacionado con el liderazgo espiritual era mi propio corazón. No hay ningún déficit presupuestario, ni ningún crítico o feligrés insoportable que pueda complicarme seriamente cualquier día de mi vida. El mayor desafío, siempre, es gobernar mi corazón y asumir la responsabilidad de lo que pasa dentro de mí, sin culpar a la gente ni a las circunstancias por mis sentimientos y conductas.

EL LÍDER QUE OTROS SEGUIRÁN

Cuando pasamos a otros la responsabilidad de nuestra salud espiritual y psicológica, y les echamos la culpa de lo que nos pasa, nos convertimos de hecho en las víctimas. Como los culpamos por cosas que están, por lo general, fuera de nuestro control, nos sentimos impotentes y frustrados. Eso produce enojo: el que a menudo se expresa en conductas de liderazgo destructivas e interesadas. La gente saldrá lastimada; y nosotros, seguiremos enfermos, al igual que nuestros ministerios. Solo la salud reproduce más salud.

¿Reconocemos nuestros errores personales con nuestros colegas, o incluso los admitimos ante aquellas personas a quienes dirigimos? ¿La pasión con que predicamos es el torrente puro del Espíritu de Dios, o es una corriente contaminada de la voluntad de Dios con una mezcla de enojos sin resolver? ¿Solucionamos problemas o dejamos pasivamente que fermenten? ¿La culpa de lo que está mal la tienen siempre los miembros de la congregación, nuestros líderes denominacionales, o aceptamos la parte de nuestra responsabilidad?

Se requiere de gran cantidad de coraje espiritual para ser verdaderamente sinceros con nosotros mismos. Pero, si hemos de ser personas de influencia, debemos dejar lo que se escapa a nuestro control y asumir la responsabilidad de lo que sí podemos controlar: nuestras propias actitudes y conductas.

5. ACEPTA LOS CAMBIOS: *¿Estoy lleno de fe y esperanza en el futuro, o soy propenso a sentir nostalgia del pasado y temeroso de afrontar riesgos para el futuro?*

Dado que el cambio está siempre presente, y que no es posible el crecimiento sin cambios, los líderes eficaces prefieren aceptar la realidad de los cambios y ayudar a otros a aceptarlos también. Resistirse continuamente a los cambios es contraproducente. Nadie crece y se pierden las oportunidades. La nostalgia y los temores ocupan su lugar. La nostalgia, por más agradable que sea, tiende a mantenernos encerrados en el pasado y hacernos muy rígidos para adaptarnos al presente. El temor, por su parte, puede paralizarnos hacia el futuro. La nostalgia y el temor son cárceles terribles.

La fe y los riesgos, en cambio, son mucho más afines a la actividad del Espíritu Santo. Requieren aceptar los cambios. Exigen una actitud que nunca se conforma con lo previsible, la mediocridad o lo seguro.

COMPROMISOS CENTRALES

La prueba que uso para monitorear la «rigidez insidiosa» capaz de inmovilizar mi vida es preguntarme si estoy o no dispuesto a asumir riesgos, especialmente a medida que envejezco. En otras palabras, ¿qué cosas —de las que no puedo estar seguro del resultado— pienso hacer a continuación y cuáles me llevarán, por lo tanto, a confiar en Dios?

Hacer lo mejor para el ministerio en su conjunto requiere inmenso coraje personal y estar dispuesto a aceptar la clase de cambios que llevarán fruto para Cristo.

Lamentablemente, en nuestra condición de líderes en el ministerio, a menudo esperamos que todo el mundo cambie menos nosotros. El pastor de una iglesia revitalizada una vez me comentó que lo más extraordinario del cambio radical que había vivido su iglesia era cuánto había tenido que cambiar él mismo, como pastor, antes de que comenzaran a darse otros cambios. Es fácil caer en la trampa de tener más expectativas de los demás que de uno mismo. Cuando nos negamos a cambiar, nuestro liderazgo tenderá a satisfacer solo nuestras necesidades, se conformará a nuestras rutinas familiares y no se percatará de los puntos ciegos. Pero hacer lo mejor para el ministerio en su conjunto requiere inmenso coraje personal y estar dispuesto a aceptar la clase de cambios que llevarán fruto para Cristo.

A fin de aceptar los cambios constructivos y personales, muchos de nosotros necesitamos la compañía de otros en el camino, que nos hablen y que su palabra nos llegue, que nos recuerden las prioridades y que nos impidan perder de vista la perspectiva general del ministerio. Es un viaje difícil de afrontar a solas.

6. NUNCA DEJES DE APRENDER: *¿Nos regimos por la ley del mínimo esfuerzo intelectual o nos aplicamos a la disciplina del estudio y la reflexión personal?*

Mientras pasaba sus días en la prisión, Pablo pidió que le trajeran sus libros (2 Timoteo 4:13). Es fácil olvidarse que el apóstol, además de

EL LÍDER QUE OTROS SEGUIRÁN

ser un líder en el ministerio, también fue un intelectual de primera línea. Tenía una excelente educación para su época y, si nos guiamos por cómo pensaba y escribía, seguramente tenía el coeficiente intelectual de un genio. Por desgracia, nuestras experiencias de iglesia a veces dan la impresión —sutil, pero errónea— de que una persona no puede ser espiritual e inteligente al mismo tiempo.

Las Escrituras, sin embargo, nos exhortan a renovar nuestra mente, no a descuidarla. Nunca olvidaré lo que dijo uno de mis líderes espirituales: «Quiero vivir hasta que me muera». Es posible que todos conozcamos personas que dejaron de vivir mucho antes de la hora de su muerte, simplemente porque dejaron de sentir curiosidad por la gente, por el mundo que Dios creó y por las grandes verdades teológicas que Él nos reveló.

Para cuando tenía cuarenta y tantos años, quedé sorprendido de lo fuerte que era la tentación de simplemente dejar de esmerarme durante la segunda mitad de mi vida en el ministerio. Es angustiosamente fácil dejar las disciplinas personales e intelectuales, y reemplazarlas con la televisión, redes sociales, interés desproporcionado por los deportes y actividades que exigen poco esfuerzo intelectual, que nos hacen perder el tiempo y que no requieren nada de nuestra parte. Pero podemos hacer mucho más que preparar mensajes con el mínimo de estudio y malgastar la mente en cosas ociosas.

Podemos leer libros, relacionarnos con gente que ha logrado mucho más que nosotros, hacer preguntas, escuchar, tomar notas de ideas interesantes, documentarse, aprender de las experiencias de la vida. Todas estas son maneras más productivas y enriquecedoras de vivir y seguir creciendo como líderes. Gran parte de lo que leo y aprendo está relacionado con mis responsabilidades de liderazgo, pero mis lecturas son más agradables cuando no se limitan a eso. Cuando estoy de vacaciones, me agrada leer libros de física o biografías de presidentes de los Estados Unidos. Mantenerme informado de las noticias y de la actualidad también es una actividad casi diaria la mayor parte del año.

Debemos depender enteramente del Espíritu Santo, no hay excusa para ser personas superficiales. Entre otras cosas, Jesús nos enseñó a amar al Señor nuestro Dios «con toda [la] mente» (Mateo 22:37).

7. **VIVE CON ALEGRÍA:** *¿Me encanta lo que hago o el ministerio se ha convertido en una carga para mí?*

Mientras estudiaba ingeniería en la Universidad de Minnesota, también dirigía un grupo universitario de las Asambleas de Dios (Chi Alpha), pero la asistencia a las reuniones había menguado de doce a tres personas al final del año. Sin embargo, en mi segundo año de la facultad, el Señor nos concedió un avance sobrenatural y, de la noche a la mañana, pasamos a ser más de sesenta estudiantes y después, cien.

Por desgracia, al ser un líder novato y un estudiante a tiempo completo, me dejé vencer por mis inseguridades. Comencé a sentir una enorme presión por todo lo que sucedía. Si algo salía mal, lo tomaba como prueba de que no sabía dirigir. Además, a medida que el grupo crecía, las imperfecciones se multiplicaban.

Una noche, muy tarde, mientras me preocupaba y me recriminaba una vez más, sentí que el Espíritu Santo me conducía a orar de otra manera cada vez que surgiera un problema en el ministerio. Algunos de mis amigos lo llaman la «oración de Bradford». Dice así: «Señor, surgió otro problema en tu ministerio. ¿Qué harás al respecto? Y, de paso, si necesitas ayuda, cuenta conmigo».

En otras palabras, Dios me ayudaba a liberarme de la presión que sentía sobre mí y a entregársela a Él. En general, las fórmulas simplonas no me suelen servir de mucho, pero esta simple oración es potente. Los ministerios a los que el Señor nos ha llamado no son nuestros: son de Dios, y Él se encargará de llevarlos adelante. Nuestra responsabilidad es tener cuidado de nuestro corazón y cumplir la tarea a la que nos llamó, pero la carga recae en Él. Él lleva el yugo con nosotros y hace que la carga sea liviana (Mateo 11:28–30).

Nuestros ministerios tal vez no sean perfectos, pero podemos servir con alegría porque la presión está sobre Él, no sobre nosotros.



No importa cuáles sean, pero los compromisos personales básicos que asumamos definirán las cosas que determinarán la persona que llegaremos a ser y cómo será nuestro liderazgo. Tengamos mucho cuidado de nuestro corazón, antes de intentar arreglar el corazón de alguien más. Quienes somos como persona nos llevará mucho más lejos que lo que hacemos.

SOBRE EL AUTOR

El Dr. James T. Bradford es secretario general del Concilio General de las Asambleas de Dios. Antes de ser elegido como secretario general en 2009, Bradford se desempeñaba como pastor principal de la iglesia Central Assembly en Springfield, Missouri.

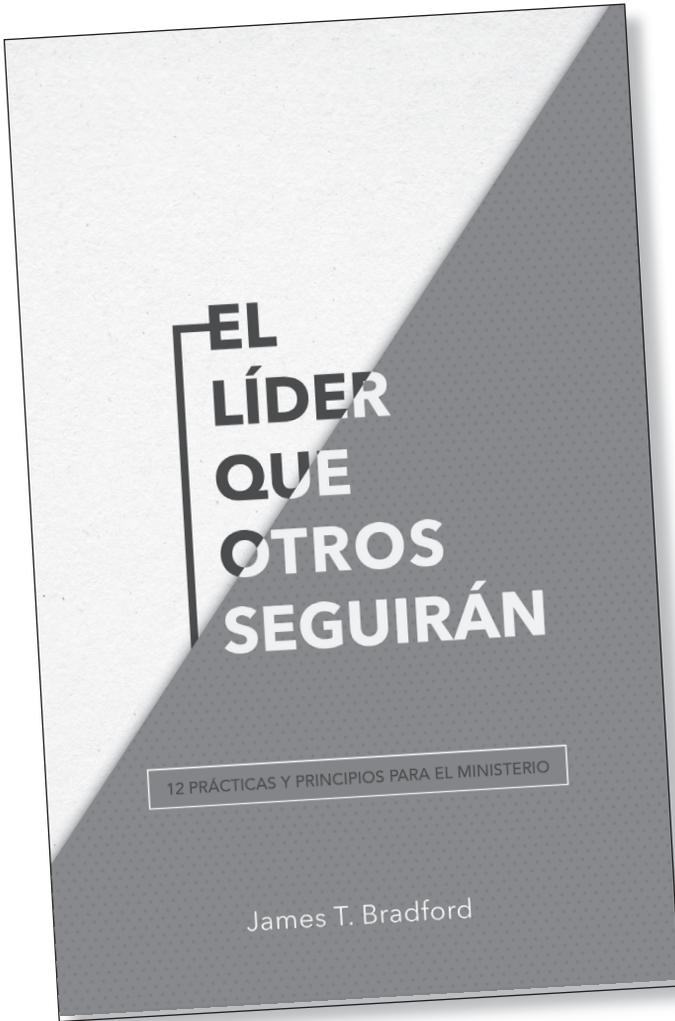
Jim (como se lo conoce) tiene un doctorado en ingeniería aeroespacial de la Universidad de Minnesota. Cuando era estudiante, dirigía en la universidad un pequeño grupo Chi Alpha de estudio bíblico; con el tiempo, ese grupo creció hasta convertirse en una iglesia en la universidad. Al graduarse en 1979, Jim se incorporó al ministerio de tiempo completo y se dedicó a la evangelización universitaria. En 1988, Jim y su familia se mudaron al sur de California, donde fue pastor de Newport-Mesa Christian Center en Orange County.

Doce años después, se trasladó a Vancouver, Canadá, para ser pastor de Broadway Church. En 2003 Jim y su familia se mudaron a Springfield, donde aceptó el pastorado de la iglesia Central Assemblies of God.

Bradford también ha sido miembro de varias juntas ejecutivas, entre ellas, las de Vanguard University, el Presbiterio Ejecutivo del Distrito de California del Sur y el Presbiterio General de las Asambleas de Dios.

Él y su esposa, Sandi, tienen dos hijas. Viven en Springfield, Missouri.

Para más información



acerca de este libro y otros recursos visite:
www.salubrisresources.com

Los líderes enfrentan algunos desafíos propios del ministerio. ¿Quién mejor que un respetado pastor con más de treinta años de experiencia en el ministerio para ofrecer ideas útiles sobre el liderazgo? Este libro, preparado como una guía práctica, es también profundamente espiritual. Desafía al lector a crecer en la vida y progresar en el liderazgo. En los doce capítulos, el lector aprenderá sobre:

- **EL RECLUTAMIENTO DEL PERSONAL**
- **LA FORMACIÓN DE EQUIPOS**
- **HABLAR EN PÚBLICO**
- **LA SALUD FÍSICA**
- **LA FORTALEZA EMOCIONAL**

*ESTE LIBRO NO SE CENTRA EN LA GESTIÓN SECULAR,
SINO EN EL LIDERAZGO ESPIRITUAL.*

Dr. Chip Espinoza

"Es mi oración que este libro llegue a ser una voz para una nueva generación de líderes: líderes tan interesados en las metas de sus seguidores como en sus aspiraciones personales".
— *Autor de Millennials@Work, Achieve Greatness at Work, y Managing the Millennials*

Dra. Elizabeth Grant

"Un libro de cabecera: para ministros ocupados, que desean de corazón ser líderes espirituales en un mundo de cambios nunca previstos".
— *Cofundadora de Project Rescue*

El Dr. James T. Bradford es secretario general del Concilio General de las Asambleas de Dios. Ha ocupado diversos cargos pastorales y posiciones de liderazgo en el ministerio durante más de treinta años. Jim tiene un doctorado en ingeniería aeroespacial de la Universidad de Minnesota. Él y su esposa, Sandi, tienen dos hijas. En el presente viven en Springfield, Missouri.



RELIGIÓN / Iglesia cristiana / Liderazgo

SALUBRISSM
RESOURCES

salubrisresources.com

ISBN 978-1680671360



9 781680 671360